15 de noviembre de 2026 – 33.º Domingo del Tiempo Ordinario

Prov 31,10–13.19–20.30–31; 1 Tes 5,1–6; Mt 25,14–30

INTRODUCCIÓN

Había una vez un hombre que compró un costoso juego de herramientas y las acomodó cuidadosamente en su garaje. Las limpiaba con esmero, las protegía del óxido y las mostraba con orgullo a quienes lo visitaban. Años más tarde, alguien observó que las herramientas seguían pareciendo completamente nuevas.

—Debes cuidarlas muy bien —le dijo.
El hombre respondió: —Por supuesto. Nunca las uso.

La tragedia era evidente: herramientas perfectamente conservadas, pero nunca utilizadas para el propósito para el cual fueron hechas.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos advierte contra el peligro de vivir así nuestra vida espiritual. Dios ha confiado a cada uno de nosotros dones, capacidades, oportunidades, fe, amor, tiempo, compasión, oración y servicio; no para esconderlos por miedo, sino para hacerlos fructificar para su Reino.

El Señor no nos pide que seamos otra persona. Simplemente nos pide que seamos fieles con lo que hemos recibido. Ya sea que nuestro don parezca grande o pequeño, visible u oculto, activo o contemplativo, cada uno tiene valor a los ojos de Dios. Incluso la oración silenciosa de los ancianos y de los enfermos puede dar inmensos frutos en la Iglesia.

Pero con frecuencia el miedo nos detiene: miedo al fracaso, miedo a la crítica, miedo a pensar que tenemos muy poco que ofrecer. Por eso, antes de celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que enterramos los dones de Dios en lugar de ponerlos al servicio de los demás, y pidamos al Señor misericordia y valentía.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a salir del miedo para entrar en la alegría de un discipulado fecundo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú confías a cada uno de nosotros dones destinados a llevar luz y esperanza a los demás: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a compartir tu alegría sirviendo fielmente con lo que hemos recibido: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos libre del miedo que entierra la gracia, perdone nuestros pecados, nos fortalezca para usar fielmente los dones que nos ha confiado y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios nos ha confiado las riquezas de su gracia y nos llama a participar en la alegría de su Reino, elevemos ahora nuestras voces con confianza y alabanza mientras cantamos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que confías a tu pueblo los tesoros de tu gracia y lo llamas a dar fruto para tu Reino,
líbranos de todo miedo que nos impida servirte con un corazón generoso, para que, siendo fieles en el uso de los dones que nos has concedido, caminemos como hijos de la luz y un día entremos plenamente en la alegría de nuestro Señor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una joven violinista participó una vez en un concurso de música. Tenía mucho talento, pero estaba terriblemente nerviosa. Antes de subir al escenario, le susurró a su maestro:

—¿Y si fracaso?

El anciano maestro sonrió, le entregó el violín y le dijo:

—Este instrumento no fue hecho para permanecer guardado en su estuche. Fue hecho para cantar.

Ese es el corazón del Evangelio de hoy.

Jesús nos cuenta la parábola de los talentos, no solamente acerca del dinero, sino acerca de la vida misma. Acerca de los dones. Acerca de las posibilidades. Acerca de la alegría o de la tristeza que nacen de usar o enterrar aquello que Dios nos ha confiado.

Y detrás de esta parábola se esconde una pregunta muy importante:

¿Cómo se llega a ser un cristiano alegre?

Porque, si somos sinceros, muchos cristianos no siempre parecen alegres. Proclamamos una “Buena Noticia”, pero a veces vivimos como si la fe fuera una carga en lugar de un regalo. Puede haber demasiada pesadez, temor, quejas y desánimo. El Evangelio de hoy nos pregunta: ¿cuál es el secreto de una vida cristiana llena de alegría?

Dos veces en el Evangelio el señor dice:

«Entra a participar de la alegría de tu señor».

Fijémonos en que Jesús no habla solamente de deber u obligación. Habla de alegría. Los servidores que utilizaron sus talentos entran en la alegría. El servidor que enterró su talento termina en la oscuridad.

¿Por qué?

Porque la alegría surge cuando nuestra vida se vuelve fecunda para Dios y para los demás.

La parábola comienza con un señor que emprende un largo viaje. En el lenguaje del Evangelio, esto apunta a Cristo mismo. Después de su Ascensión, Jesús ya no está visiblemente presente entre nosotros como antes. Sin embargo, antes de partir, confía todo a sus servidores.

Detengámonos un momento en esto.

El Señor del cielo y de la tierra confía su obra a nuestras manos. No tiene otras manos que las nuestras.

Existe un famoso crucifijo en una iglesia de Münster, en Alemania. Durante la Segunda Guerra Mundial, una explosión destruyó los brazos del Cristo crucificado. Después de la guerra decidieron no restaurarlos. En cambio, colocaron debajo del crucifijo estas palabras:

«No tengo otras manos que las tuyas».

¡Qué pensamiento tan impresionante! Dios elige necesitarnos. Por medio de nuestras manos consuela. Por medio de nuestras palabras anima. Por medio de nuestra generosidad provee. Por medio de nuestra compasión sana heridas.

El ciego Bartimeo recibió la vista directamente de Jesús. El paralítico fue curado por Jesús. La mujer sorprendida en adulterio recuperó su dignidad gracias a Jesús. Pero hoy Cristo continúa su obra a través de su Iglesia, a través de creyentes comunes como nosotros.

Solo esta realidad debería llenarnos de dignidad y alegría. No somos espectadores en el Reino de Dios; somos colaboradores.

San Juan XXIII comprendió esto profundamente. Cuando fue elegido Papa, muchos esperaban muy poco de él. Era anciano y de salud frágil; muchos lo consideraban simplemente una figura de transición. Sin embargo, aquel hombre sencillo llegó a ser uno de los Papas más queridos e influyentes de la historia moderna. En lugar de limitarse

a conservar la Iglesia como si fuera un museo, abrió las ventanas a una renovación profunda mediante el Concilio Vaticano II. En una ocasión dijo:

«No estamos en la tierra para custodiar un museo, sino para cultivar un jardín lleno de vida».

Eso es exactamente lo que hicieron los dos primeros servidores del Evangelio. Cultivaron la vida. Arriesgaron algo. Utilizaron lo que habían recibido.

El tercer servidor no lo hizo.

¿Y por qué no?

Por miedo.

«Tuve miedo», dice él.

El miedo es la verdadera tragedia del Evangelio. No la falta de capacidad. No la falta de oportunidades. El miedo.

El señor reparte a cada servidor “según su capacidad”. Dios no es injusto. No nos carga con más de lo que podemos llevar. Conoce nuestras fortalezas y nuestras limitaciones. Conoce nuestras circunstancias, nuestras luchas, nuestras responsabilidades familiares, nuestra salud, nuestra edad y nuestra personalidad.

Dios nunca nos pide algo para lo que antes no nos haya capacitado.

Eso significa que debemos dejar de compararnos con los demás. Uno recibe cinco talentos, otro dos y otro uno. La comparación conduce al desánimo —«tengo muy poco»— o al orgullo —«tengo más que los demás»—. Ambas cosas destruyen la alegría.

Dios no me pide que sea otra persona. Me pide que sea fiel con lo que he recibido.

Un maestro puede no ser músico. Un mecánico puede no ser administrador. Una persona con capacidad de liderazgo puede no tener el don de escuchar. Pero cada persona lleva dentro alguna gracia destinada al bien de los demás.

Y el peligro no es tener poco. El peligro es enterrar lo que tenemos.

A veces enterramos nuestros dones porque pensamos que son insignificantes.

«Solo sé cantar un poco».

«Solo puedo orar».

«Solo puedo animar a otras personas».

«Ya soy demasiado viejo».

Pero el Evangelio dice otra cosa.

Quizá alguien tenga una hermosa voz. ¿Por qué no ponerla al servicio del coro?

Quizá alguien lea bien. ¿Por qué no convertirse en lector?

Quizá alguien tenga capacidad de organización. ¿Por qué no ayudar a coordinar actividades parroquiales?

Quizá alguien trabajó con los jóvenes durante años, pero dejó de hacerlo porque la vida se volvió muy ocupada. Tal vez ahora el Señor lo está llamando nuevamente.

¿Y qué decir de los ancianos, los enfermos y quienes no pueden salir de casa? A veces preguntan con tristeza:

—¿Qué podemos hacer todavía?

Muchísimo.

Un sacerdote contaba la historia de un anciano al que visitaba cada mes para llevarle la Sagrada Comunión. El hombre apenas podía caminar y nunca salía de su casa. Sin embargo, cada visita se convertía en una serie de preguntas sobre la vida parroquial.

—¿Cuántos niños se están preparando para la Primera Comunión?

—¿Cómo va el coro?

—¿Ya encontraron voluntarios para el consejo parroquial?

—¿Hay familias con dificultades que necesiten oración?

Finalmente el sacerdote le preguntó:

—¿Por qué quieres saber todo esto?

El anciano respondió:

—Para poder rezar por ellos.

Luego le mostró su “libro de oraciones”. No era un libro devocional impreso, sino un viejo cuaderno escolar gastado por el uso. En cada página había nombres, intenciones y fechas. Cientos de nombres. Junto a muchas anotaciones aparecía una palabra final:

«Concedido».

Allí estaba el nombre de un párroco:

«Que redescubra la alegría de su ministerio».

Años más tarde, junto a la petición, había escrito:

«Concedido».

También estaba el nombre de su hijo, que había abandonado la Iglesia. Durante quince años oró diariamente:

«Que vuelva a la fe».

Y un día escribió:

«Concedido».

Aquel anciano, oculto en una pequeña habitación, era quizás uno de los miembros más activos de la parroquia. Había transformado su sufrimiento y su soledad en intercesión. Había descubierto la alegría de utilizar su talento.

Y ese es el gran secreto de la alegría cristiana:

No el éxito, no los aplausos, sino la fecundidad.

El servidor que enterró su talento veía todo desde la oscuridad. Las personas que entierran sus dones suelen volverse amargadas, críticas, negativas, siempre

quejándose de la Iglesia, de la sociedad o de los demás. En cambio, quienes se entregan generosamente suelen irradiar alegría.

San Pablo nos dice hoy en la segunda lectura:

«Ustedes son hijos de la luz».

Y Nelson Mandela escribió unas palabras que reflejan hermosamente el mensaje del Evangelio de hoy:

«Cuando dejamos brillar nuestra propia luz, damos inconscientemente permiso a otros para hacer lo mismo».

La valentía es contagiosa. El miedo también.

Jesús repite constantemente a sus discípulos:

«No tengan miedo».

El miedo dice:

«¿Y si fracaso?»

La fe dice:

«¿Y si Dios puede actuar incluso a través de mí?»

Al final de nuestra vida, probablemente Dios no nos preguntará:

«¿Por qué no tuviste más éxito?»

Quizá simplemente nos preguntará:

«¿Usaste lo que te di?»

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe que hemos recibido y llamados a dar testimonio de Cristo en el mundo, profesemos ahora juntos nuestra fe.

PROFESIÓN DE FE (solo para meditación privada)

Creo en Dios, Padre todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra,
que ha confiado este mundo a nuestro cuidado

y ha llenado cada corazón humano de dones y posibilidades.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
que se hizo hombre y habitó entre nosotros,
sanando a los heridos, alentando a los temerosos
y revelando el rostro amoroso del Padre.

Él llamó a personas sencillas para continuar su obra
y nos enseñó a no enterrar nuestra vida por miedo,
sino a ofrecerla generosamente por amor.

Padeció, murió y resucitó
para que vivamos como hijos de la luz
y participemos de la alegría de su Reino.

Creo en el Espíritu Santo,
que nos fortalece con su gracia,
despierta nuestros dones ocultos
y nos da valor para servir fielmente según nuestras capacidades.

Por medio del Espíritu, la Iglesia se convierte
en las manos, la voz y la compasión de Cristo en el mundo.

Creo que todo don está destinado al bien de los demás,
que todo acto de amor da fruto en el Reino de Dios,
y que incluso la oración escondida y el sacrificio silencioso tienen gran valor ante Dios.

Creo en la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna,
donde todos los que hayan servido fielmente al Señor escucharán aquellas palabras llenas de alegría:

«Entra a participar de la alegría de tu señor».

Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío
y de ustedes, ofrecido con corazones agradecidos y con el
deseo de poner todos nuestros dones al servicio del Reino
de Dios, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe las ofrendas que colocamos sobre tu altar
y transfórmalas con tu gracia,
para que, fortalecidos por estos santos misterios,
utilicemos fielmente los dones que nos has confiado
para el servicio de tu pueblo y la gloria de tu nombre.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque has colmado a tu pueblo de muchos dones
y has confiado a cada uno según tu sabiduría y tu amor.

En tu Hijo Jesucristo
nos has mostrado que la verdadera grandeza
no consiste en conservar la vida por miedo,
sino en ofrecerla generosamente por los demás.

Por él nos llamas de las tinieblas a la luz,
de la vacilación al valor,
de la autoprotección al servicio gozoso.

Incluso el más pequeño acto de amor,
la oración más silenciosa
y los sacrificios ocultos de los débiles y de los ancianos
se vuelven fecundos en tu Reino
cuando son ofrecidos con fe.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Dios nos ha confiado el tesoro de ser sus hijos y nos llama a vivir no en el miedo, sino en la confianza y el amor. Con plena confianza en nuestro Padre celestial, oremos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
especialmente líbranos del miedo que nos impide utilizar
los dones que nos has concedido;
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú dijiste a tus discípulos: «No tengan miedo»
y los llamaste a caminar como hijos de la luz;
no tengas en cuenta nuestros temores,
nuestras vacilaciones
y las veces en que hemos enterrado tus dones,
sino la fe de tu Iglesia,
que desea servirte con valentía y alegría.

Concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos llama no a enterrar nuestra vida por miedo,
sino a ofrecernos con amor fecundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, nos has alimentado con el Pan de Vida
y nos has recordado que toda gracia recibida está
destinada a ser compartida.

Enséñanos a no compararnos con los demás,
ni a esconder nuestros dones por miedo,
sino a servir con valentía, generosidad y alegría.

Que nuestras manos sean tus manos,
nuestras palabras tu aliento,
nuestras oraciones tu consuelo
y nuestras vidas una luz para los demás.

Que nunca olvidemos que no nos pides tener éxito a los ojos del mundo, sino ser fieles en el amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Después de haber recibido la prenda de la vida eterna,
te suplicamos humildemente, Señor,
que aquello que nos has confiado en estos santos misterios
nos fortalezca para servirte fielmente con corazones alegres y para dar frutos duraderos en la vida de los demás. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la valentía necesaria para utilizar los dones que les ha concedido. Amén.

Que los libre del miedo, del desánimo y de las comparaciones. Amén.

Que los ayude a caminar como hijos de la luz,
fecundos en el amor y alegres en el servicio. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor mediante el uso fiel de los dones que él les ha confiado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no nos preguntará si tuvimos muchos talentos o pocos.
Nos preguntará si usamos con amor aquello que puso en nuestras manos.

16 de noviembre de 2026 – Lunes de la 33.ª Semana del Tiempo Ordinario
(Santa Margarita de Escocia / Santa Gertrudis la Grande)
Ap 1,1–4; 2,1–5; Lc 18,35–43

INTRODUCCIÓN

La fe perseverante abre nuestros ojos a la presencia misericordiosa de Cristo.

Había una vez una mujer que mantenía encendida una pequeña lámpara en su ventana todas las noches. Cuando le preguntaban por qué lo hacía, respondía que era por su hijo, que se había marchado lejos y no había escrito en años. «Si alguna vez regresa», decía ella, «quiero que sepa que todavía tiene un lugar aquí». La gente le decía que era inútil, incluso una locura, pero ella seguía manteniendo encendida la luz. La esperanza, cuando es verdadera, se niega a apagarse por el desaliento.

De manera semejante, los santos que recordamos hoy vivieron con una fe firme y perseverante. Santa Margarita

de Escocia sirvió fielmente a Cristo mediante la caridad y el cuidado de los pobres, mientras que Santa Gertrudis la Grande permaneció constante en la oración, buscando siempre una visión más profunda del Señor. Sus vidas nos recuerdan que la fe persevera porque confía en que Cristo nunca ignora el clamor sincero del corazón.

En el Evangelio de hoy, el mendigo ciego se niega a dejar que la multitud lo haga callar. Aunque muchos lo reprenden, él grita aún más fuerte, convencido de que Jesús lo escuchará. Su perseverancia se convierte en la puerta hacia la curación, la visión y el discipulado.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que hemos permitido que el miedo, el desaliento o la ceguera espiritual debiliten nuestra fe. Pidamos al Señor que abra una vez más nuestros ojos a su presencia misericordiosa y así nos preparemos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú escuchas el clamor de todos los que te invocan con fe: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú abres los ojos de quienes están cegados por el miedo, el pecado y el desaliento: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a seguirte con corazones llenos de gratitud y alabanza: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, fortalezca nuestra fe débil y vacilante, abra nuestros ojos a su presencia misericordiosa, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso y eterno,
tú nunca dejas de escuchar el clamor perseverante de quienes te buscan con corazón sincero.

Abre los ojos de nuestra fe,
para que reconozcamos tu presencia en nuestras luchas,
te sirvamos fielmente en nuestro prójimo
y sigamos a tu Hijo con corazones agradecidos y perseverantes.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una anciana que vivía sola y que cada mañana se sentaba junto a la puerta de su casa para esperar la visita de sus nietos. Aunque algunos días nadie venía, ella seguía esperando con paciencia y alegría. Cuando le preguntaban por qué no se desanimaba, respondía: «Porque el amor siempre sabe esperar». Esa esperanza perseverante transformaba cada día de su vida.

En el Evangelio de hoy encontramos a un hombre que también sabe perseverar. El mendigo ciego está sentado al borde del camino cuando Jesús pasa cerca de él. Al enterarse de que es Jesús, comienza a gritar: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!». Es una oración sencilla, pero también valiente, pública y perseverante. Incluso cuando la multitud lo reprende y le ordena callar, él se niega a hacerlo. Al contrario, grita con más fuerza todavía.

Este hombre nos enseña algo esencial acerca de la fe. La fe verdadera no permanece escondida cuando encuentra oposición. Se vuelve más fuerte y más insistente. En un mundo donde con frecuencia se espera que la fe permanezca en silencio o se viva únicamente en privado, el ciego se convierte en un testigo valiente: no permitirá que nadie se interponga entre él y Jesús.

Podemos imaginar con qué facilidad habría podido rendirse. Después de todo, estaba solo, era vulnerable y dependía de los demás. Sin embargo, su necesidad se convirtió en su fortaleza. Su ceguera lo llevó a buscar a Jesús con determinación. Del mismo modo, nuestras

propias debilidades y luchas pueden convertirse en el lugar mismo donde encontramos al Señor, si se las presentamos con sinceridad y perseverancia.

Lo que resulta especialmente impresionante es la respuesta de Jesús. Aunque va camino de Jerusalén y está concentrado en su misión, se detiene. Le dedica toda su atención al hombre y le pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?». Es una pregunta llena de dignidad y de amor. Jesús no lo desprecia como hace la multitud; lo escucha, dialoga con él y responde a su necesidad.

«Señor, que recobre la vista». Esta oración va más allá de la vista física. También es nuestra oración: una súplica por claridad, por verdad y por la capacidad de reconocer la acción de Dios en nuestra vida. Como el ciego, nosotros también podemos sufrir una especie de ceguera espiritual, viendo únicamente lo que queremos ver o aquello que el mundo nos enseña a mirar.

Los santos que celebramos hoy comprendieron muy bien esta realidad. Santa Gertrudis la Grande oraba constantemente para obtener una visión más profunda, no de los ojos, sino del corazón, para conocer a Cristo de manera más íntima. Santa Margarita de Escocia, en medio de las responsabilidades de su vida real, mantuvo su mirada fija en Cristo sirviendo a los necesitados. Ambas nos recuerdan que «ver» correctamente significa reconocer a Cristo en la oración y en los demás.

La historia del ciego no termina con su curación. El Evangelio nos dice que siguió a Jesús glorificando a Dios. Su oración de súplica se transforma en una oración de alabanza. Ese es el camino de todo discípulo: pasar de la necesidad al encuentro, del encuentro a la gratitud y, finalmente, al seguimiento.

Se cuenta también la historia de un hombre anciano que había sido ciego durante muchos años y que, ya avanzado en edad, fue sometido a una operación exitosa. Cuando le quitaron las vendas, rompió a llorar, no solamente porque podía ver, sino porque por fin podía contemplar los rostros de las personas que amaba. «Había olvidado lo hermosos

que son», dijo. La fe hace algo semejante en nosotros. Abre nuestros ojos no solo a Dios, sino también a la belleza de su presencia en la vida cotidiana.

El Evangelio de hoy nos invita a clamar con la misma perseverancia: «Señor, ten compasión de mí. Haz que vuelva a ver». Y si lo hacemos con corazones sinceros y perseverantes, descubriremos que Jesús sigue deteniéndose, sigue escuchando y sigue abriendo nuestros ojos, guiándonos para que lo sigamos con una vida llena de alabanza.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, por medio de este sacrificio ofrecido con corazones confiados y perseverantes, aprendamos a reconocer a Cristo con mayor claridad y a seguirlo con mayor fidelidad, y para que mi sacrificio y el suyo sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe estos dones ofrecidos por tu pueblo,
que clama a ti con fe y confianza.
Así como abriste los ojos del mendigo ciego por la misericordia de Cristo,
abre también los ojos de nuestro corazón mediante esta ofrenda sagrada,
para que reconozcamos tu gracia actuando en nuestras vidas
y te sigamos con una existencia llena de alabanza.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu misericordia nunca rechazas
a quienes te invocan con fe.
Cuando tu Hijo caminó entre nosotros,
escuchó el clamor de los pobres y olvidados,
abrió los ojos de los ciegos
y reveló tu amor compasivo a todos los que lo buscaban
con confianza.

En él nos enseñas
que la fe perseverante nunca deja de ser escuchada,
y que los corazones abiertos por la gracia
son conducidos de las tinieblas a la luz,
de la súplica a la alabanza,
y del temor al discipulado fiel.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza de quienes saben que el Padre escucha siempre el clamor sincero de sus hijos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, con los ojos abiertos por la fe y los corazones fortalecidos por la esperanza, perseveremos en el seguimiento de Cristo a través de toda prueba, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú te detuviste para escuchar el clamor del mendigo ciego
y lo llenaste de la paz que nace de la curación y de la esperanza.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que escucha el clamor de quienes lo buscan con fe y abre nuestros ojos a su presencia salvadora.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
como el mendigo ciego, hemos clamado a ti,
y tú no has pasado de largo.
En esta Eucaristía has tocado nuestra ceguera,
has abierto nuestros corazones
y nos has recordado una vez más la belleza de tu presencia.

Enséñanos a seguir invocándote con fe perseverante,
a reconocerte en los pobres y olvidados,
y a seguirte cada día con corazones agradecidos y llenos de alegría.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el sacramento de la salvación,
te pedimos, Señor,
que por medio de este santo misterio
profundices nuestra visión de fe
y nos fortalezcas para seguir fielmente a Cristo
con una vida de caridad y alabanza.

Que nunca nos cansemos de buscar tu misericordia
ni dudemos en proclamar tu bondad.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesús,
que abrió los ojos del hombre ciego y escuchó su clamor perseverante,
fortalezca su fe,
profundice su confianza
y llene sus corazones con su paz.

Amén.

Que él les enseñe a reconocer su presencia en la oración,
en la Eucaristía y en quienes están necesitados.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con una vida de fe firme, alabanza agradecida y servicio compasivo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe perseverante nunca clama en vano.
Cuando nos negamos a dejar que el desaliento silencie nuestra oración, Cristo se detiene, escucha, abre nuestros ojos y nos guía para seguirlo con corazones llenos de alabanza.

17 de noviembre de 2026 – Martes de la 33.ª Semana del Tiempo Ordinario - (Santa Isabel de Hungría)
Ap 3,1-6.14-22; Lc 19,1-10

INTRODUCCIÓN

Cuando buscamos al Señor, descubrimos que Él ya nos estaba buscando.

Había una vez un empresario exitoso que tenía todo lo que una persona podría desear: riqueza, reconocimiento y comodidades. Sin embargo, por las noches no podía dormir. Una tarde, mientras caminaba sin rumbo por la ciudad, pasó frente a una pequeña capilla cuyas puertas estaban abiertas. Atraído por algo que no podía explicar, entró y se sentó en silencio. Más tarde diría: «Pensé que simplemente había entrado por casualidad, pero en realidad Alguien me estaba esperando allí».

Esta silenciosa inquietud del corazón humano es algo que muchas personas experimentan, aunque no sepan ponerle nombre. Podemos parecer plenos por fuera y, sin embargo, sentir un vacío interior. El Libro del Apocalipsis nos habla hoy precisamente de esa condición: la ilusión de ser ricos cuando, en realidad, somos pobres espiritualmente. Es una pobreza que sólo Dios puede llenar.

Santa Isabel de Hungría, cuya memoria celebramos hoy, comprendió profundamente esta verdad. Aunque vivió rodeada de grandes riquezas materiales como princesa, su corazón no estaba apegado a ellas. Reconoció el hambre más profunda que llevaba dentro y permitió que Dios la condujera a una vida de caridad radical y sencillez, sirviendo a los pobres, en quienes encontraba a Cristo.

Al reunirnos ahora, también nosotros nos presentamos ante el Señor con nuestra propia mezcla de plenitud y vacío, de fortaleza y debilidad. Pidámosle la gracia de reconocer dónde hemos confiado demasiado en nosotros mismos y dónde hemos cerrado la puerta a Aquel que está llamando. Y así, para celebrar dignamente estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos buscas incluso cuando nos alejamos de Ti: Señor, ten piedad.
Cristo Jesús, Tú nos llamas por nuestro nombre y deseas entrar en la casa de nuestro corazón: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú transformas a los pecadores con el poder de tu amor misericordioso: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone las veces en que hemos resistido su llamada, hemos confiado demasiado en nosotros mismos y no hemos acogido a Cristo con alegría en nuestro corazón. Que Él abra nuestros ojos para reconocer que nos ha estado buscando desde siempre y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas de buscar a los que se extravían
y te complaces en habitar en los corazones humildes,
concédenos que, como Zaqueo y Santa Isabel de Hungría,
reconozcamos ante Ti nuestra más profunda pobreza
y recibamos con alegría y generosidad a tu Hijo.
Que nuestro encuentro con Cristo transforme nuestra vida
y nos lleve a servirte en nuestros hermanos y hermanas con amor.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un pastor que perdió una de sus ovejas. Al darse cuenta de que faltaba, dejó el rebaño en un lugar seguro y salió a buscarla. Durante horas recorrió senderos, colinas y barrancos. Finalmente la encontró atrapada entre unas zarzas. La oveja pensaba que estaba

sola tratando de encontrar el camino de regreso, pero en realidad el pastor ya la estaba buscando desde hacía mucho tiempo.

Esta imagen nos ayuda a entrar en el Evangelio de hoy. Zaqueo es un hombre que busca. Tiene curiosidad, está inquieto y quizás insatisfecho a pesar de su riqueza. Se sube a un sicómoro, un gesto poco digno para alguien de su posición social, simplemente para poder ver a Jesús. Hay algo admirable en esta determinación: no permite que los obstáculos ni las apariencias le impidan buscar.

Sin embargo, la verdad más profunda del relato es ésta: Zaqueo no es el único que busca a Jesús; Jesús también está buscando a Zaqueo. Se detiene, levanta la vista, lo llama por su nombre y le dice: «Hoy tengo que hospedarme en tu casa». Lo que Zaqueo pensaba que sería una mirada lejana se convierte en un encuentro personal. El que buscaba descubre que ya había sido encontrado.

En la primera lectura, la Iglesia de Laodicea no reconoce su propia pobreza. Se considera rica y autosuficiente, pero espiritualmente está vacía. Zaqueo, por el contrario, es consciente —aunque quizá de manera imprecisa— de que tiene una necesidad más profunda. Esa conciencia se convierte en la puerta por la que entra la gracia. Muchas veces es nuestra inquietud, y no nuestra comodidad, la que nos conduce a Dios.

Santa Isabel de Hungría vivió esta verdad de una manera extraordinaria. Aunque estaba rodeada de lujo, comprendió que la verdadera riqueza consiste en amar a Dios y al prójimo. No se aferró a sus privilegios, sino que los utilizó para servir a los demás, especialmente a los pobres. Como Zaqueo, una vez tocada por la gracia, respondió con generosidad y transformación.

La reacción de la multitud en el Evangelio también es significativa. Murmuran porque Jesús decide hospedarse en casa de un pecador. Ellos sólo ven el pasado y los defectos de Zaqueo. Jesús, en cambio, ve algo más

profundo: el anhelo, la posibilidad, la persona que existe detrás de la etiqueta. Donde otros ven a un pecador, Jesús ve a alguien que vale la pena buscar y salvar.

Esto nos recuerda que también nosotros podemos encontrarnos a veces entre la multitud: rápidos para juzgar y lentos para comprender. O quizás nos vemos únicamente a través del lente de nuestros fracasos. Pero el Señor siempre mira más profundamente. Ve al buscador que hay dentro de nosotros, incluso cuando esa búsqueda es débil o está escondida. Y continúa llamándonos por nuestro nombre.

La respuesta de Zaqueo es inmediata y concreta. Recibe a Jesús con alegría y decide reparar el daño causado y compartir generosamente con los pobres. Un encuentro auténtico con Cristo siempre produce frutos. Cambia nuestra manera de ver, de actuar y de vivir. La gracia no nos deja como somos; saca lo mejor de nosotros.

Está también la historia de una mujer que, después de muchos años alejada de la Iglesia, sintió un día el impulso de entrar a una Misa celebrada entre semana. Más tarde comentó: «Pensé que era yo quien había decidido regresar, pero ahora sé que el Señor me estuvo llamando todo el tiempo». Como Zaqueo, como Santa Isabel y como cada uno de nosotros, descubrió que detrás de su búsqueda había un amor mucho más grande actuando desde el principio.

Hoy el Señor también pasa junto a nosotros. Levanta la mirada, nos llama por nuestro nombre y desea entrar en la casa de nuestro corazón. Si le abrimos la puerta, descubriremos que aquello que buscábamos ya nos estaba buscando.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones que buscan al Señor que primero nos busca a nosotros, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
al presentar estas ofrendas sobre tu altar,
enséñanos a abrir las puertas de nuestro corazón a Cristo,
que llama a cada uno por su nombre
y desea habitar en medio de su pueblo.

Que este sacrificio nos libere del egoísmo y del orgullo
y nos haga generosos en la caridad y ricos en la fe,
siguiendo el ejemplo de Santa Isabel de Hungría.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu amor misericordioso nunca dejas de buscar a los que están perdidos ni de llamar a los pecadores para que vuelvan a Ti.

En tu Hijo miraste a Zaqueo con compasión,
entraste en su casa
y transformaste su corazón con la gracia salvadora.

Todavía hoy permaneces a la puerta y llamas,
invitándonos a vivir en comunión contigo.

Por el testimonio de Santa Isabel de Hungría, nos revelas que las verdaderas riquezas no se encuentran en los bienes de este mundo, sino en el amor generoso y el servicio humilde.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente de la ceguera que nos impide reconocer tu presencia
y del orgullo que cierra nuestro corazón a tu gracia.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
Tú miraste a Zaqueo no con condena, sino con misericordia,
y al entrar en su casa le llevaste la paz y la salvación.

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que busca y salva a los que estaban perdidos.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has entrado una vez más en la casa de nuestro corazón. Tú conoces nuestras inquietudes ocultas, nuestros temores y nuestro deseo de encontrar sentido a la vida. Gracias por buscarnos antes incluso de que pensáramos en buscarte.

Como Zaqueo, que te recibamos con alegría.
Como Santa Isabel, que descubramos que las verdaderas riquezas se encuentran en amarte y servir a los demás.

Permanece con nosotros, Señor, y transfórmanos con tu presencia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te pedimos humildemente, Señor, que quienes hemos acogido a Cristo en este sacramento sepamos también recibirlo en los pobres, en los olvidados y en quienes todavía lo buscan.

Que la gracia que hemos recibido hoy transforme nuestro corazón y nos convierta en testigos fieles de tu amor misericordioso, un amor que siempre sale a buscarnos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesús, que llamó a Zaqueo por su nombre
y entró en su casa con misericordia y paz,
los atraiga cada día más hacia Él
y llene sus corazones con la alegría de saberse encontrados por su amor.

Que Santa Isabel de Hungría los inspire
a buscar las verdaderas riquezas en la caridad, la humildad y el servicio a los pobres.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida transformada por su amor misericordioso.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El mayor descubrimiento de la vida espiritual es éste: mucho antes de que comenzáramos a buscar a Dios, Dios ya nos estaba buscando a nosotros.

18 de noviembre de 2026 – Miércoles de la 33.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 4,1–11; Lc 19,11–28

INTRODUCCIÓN

“El amor valiente hace fructificar lo que Dios nos ha confiado.”

Una joven maestra recibió un día su primer destino en una escuela con muchas dificultades. Sobre su escritorio encontró una pila de libros de texto muy gastados y una lista de alumnos que ya habían sido catalogados como “difíciles”. Por un momento se sintió abrumada. Podía limitarse a hacer lo mínimo y pasar el año sin llamar la atención, o podía arriesgarse a entregarse por completo a la vida de aquellos niños. Eligió darse generosamente y, con el tiempo, tanto ella como sus alumnos fueron transformados.

La vida pone ante nosotros decisiones semejantes. Dios nos confía dones, oportunidades, responsabilidades y relaciones, y no nos pide perfección, sino un amor

valiente. Sin embargo, el miedo muchas veces nos tienta a echarnos atrás, a enterrar nuestros talentos en lugar de ofrecerlos.

El Evangelio de hoy nos recuerda que el Señor ha colocado algo precioso en cada corazón humano. La fe, la bondad, la sabiduría, la compasión, el tiempo y las capacidades no están destinados a permanecer escondidos, sino a dar fruto en el amor y en el servicio.

Al presentarnos ahora ante el Señor, reconozcamos las veces en que el miedo limitó nuestra generosidad, cuando la indecisión silenció nuestro testimonio y cuando no supimos aprovechar bien lo que Dios nos había confiado. Pidamos misericordia y preparémonos para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a vivir con valentía y confianza en tu gracia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos confías dones destinados a dar fruto en el amor y en el servicio: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú fortaleces los corazones temerosos y nos conduces a una vida fiel: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que escondimos nuestros dones por miedo y dejamos de amar con generosidad; nos fortalezca con valentía y fidelidad de corazón, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que has confiado a tu pueblo los dones de tu gracia y las riquezas de tu Reino, concédenos la valentía de servirte fielmente con corazones libres de temor, para que lo que hemos recibido de tu bondad produzca abundantes frutos de amor y misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un hombre heredó de su padre una pequeña parcela de tierra. No sabía qué hacer con ella y tenía miedo de equivocarse, así que decidió dejarla tal como estaba. Pasaron los años y, mientras otros cultivaban sus terrenos y obtenían abundantes frutos, el suyo permaneció estéril. Lo que había sido recibido como un regalo se convirtió, por causa del miedo, en un campo vacío.

En el Evangelio de hoy, Jesús cuenta una historia semejante. Un hombre noble confía recursos a sus servidores y espera que los administren bien durante su ausencia. Dos de ellos actúan con iniciativa y valentía, y sus esfuerzos producen fruto. Pero el tercer servidor, por miedo al fracaso y por temor a su señor, esconde el don recibido y no hace nada con él.

Esta parábola habla directamente de nuestra vida. Cada uno de nosotros ha recibido algo: nuestras capacidades, nuestro tiempo, nuestras relaciones, nuestra fe. Y, sobre todo, hemos recibido el don más grande: Cristo mismo, lleno de gracia y de verdad. La cuestión no es si hemos recibido algo, sino qué hacemos con aquello que hemos recibido.

Sin embargo, el miedo puede influir silenciosamente en nuestras decisiones. El miedo al fracaso puede llevarnos a la inacción. El miedo al juicio de los demás puede silenciar nuestro testimonio. El miedo a cometer errores puede impedirnos siquiera intentarlo. El tercer servidor representa precisamente esa tentación: conservar en lugar de arriesgarse, esconder en lugar de servir.

Pero Jesús nos repite constantemente: «No tengan miedo». En el Evangelio, el miedo suele ser lo contrario de la fe. Cuando el miedo domina, el amor queda sofocado. Pero cuando el amor echa raíces, el miedo comienza a perder su poder. Como nos recuerda la Escritura, el amor perfecto expulsa el temor.

La parábola también nos recuerda que vivimos un tiempo de espera; no una espera pasiva, sino una fidelidad activa y creativa. El Reino de Dios aún no se ha manifestado plenamente, y este tiempo intermedio nos ha sido confiado como una oportunidad. Es tiempo de servir, de construir,

de dar, de amar con aquello que hemos recibido aquí y ahora.

La primera lectura del Apocalipsis eleva aún más nuestra mirada. Nos muestra el trono de Dios, el único digno de gloria y poder. Cuando reconocemos que todo lo que tenemos viene de Dios y vuelve a Dios, nuestras propias vidas se convierten en una ofrenda, en un acto de adoración expresado no sólo en la oración, sino también en las obras.

Dios no nos pide que seamos impecables ni que tengamos éxito en todo momento. Lo que desea es fidelidad: corazones dispuestos a intentarlo, a arriesgarse, a amar, incluso de manera imperfecta. Una vida que se atreve a amar siempre será más fecunda que una vida escondida por miedo.

Se cuenta la historia de una mujer que tenía una gran habilidad para visitar y acompañar a los enfermos, pero siempre pensaba que no tenía nada importante que ofrecer. Durante años permaneció al margen de las actividades de la parroquia. Un día, animada por una amiga, comenzó a visitar a una anciana que vivía sola. Aquella sencilla visita se convirtió en muchas más. Con el tiempo, otras personas se unieron a ella y nació un pequeño ministerio de acompañamiento a los enfermos y ancianos. Lo que cambió no fue su capacidad, sino su valentía para ponerla al servicio de los demás.

Al final, el Señor no nos preguntará si protegimos cuidadosamente lo que se nos dio, sino si lo utilizamos con amor. Por eso, cada día se convierte en una nueva oportunidad para tomar lo que Dios ha puesto en nuestras manos y permitir que el amor valiente lo haga fructificar.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, ofrezcamos también a Dios nuestras vidas, nuestros talentos y nuestra disposición a servir con amor valiente, y para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, recibe estas ofrendas y enséñanos a utilizar fielmente todo lo que nos has confiado.
Que este sacrificio nos fortalezca para servirte con corazones generosos, de modo que nuestras vidas produzcan frutos duraderos para la venida de tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque has confiado a tu pueblo los dones de tu gracia y nos has llamado a servirte fielmente en este mundo.
Tú nos fortaleces para que no vivamos dominados por el miedo, sino para que caminemos con confianza y amor, de modo que nuestras vidas se conviertan en ofrendas fecundas para la edificación de tu Reino.
En Cristo, tu Hijo, nos muestras que la verdadera grandeza no consiste en preservarnos a nosotros mismos, sino en entregarnos generosamente por los demás.
Por él renuevas nuestros corazones y nos haces valientes en la fe y firmes en la esperanza.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y libera nuestros corazones de los temores que nos impiden amar y servir con generosidad.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste a no escondernos por miedo, sino a vivir con valentía, confianza y amor generoso.
No tengas en cuenta nuestras vacilaciones y fracasos, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es quien fortalece los corazones temerosos y alimenta a todos los que desean servir con amor fiel.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor nunca nos pregunta si nuestra ofrenda fue perfecta, sino si fue entregada con amor.
Lo que ponemos en las manos de Dios, por pequeño o frágil que sea, se vuelve fecundo por la gracia.
Fortalecidos por esta Eucaristía, dejemos atrás el miedo y vivamos con valentía, utilizando cada don que se nos ha confiado para la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo participado de estos santos misterios, te rogamos, Señor, que por la fuerza de esta Eucaristía nos fortalezcas para vivir con corazones fieles y valientes.
Que los dones que hemos recibido de ti den fruto en una vida de amor generoso y servicio. Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones libres de temor y los llene de valentía para emplear fielmente los dones que les ha confiado.

Amén.

Que los ayude a crecer en un amor generoso, para que sus vidas produzcan frutos duraderos para su Reino.

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor mediante el uso valiente y amoroso de los dones que les ha concedido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no nos pide que escondamos nuestros dones por miedo, sino que los pongamos amorosamente al servicio de los demás. El amor valiente siempre da fruto.

19 de noviembre de 2026 – Jueves de la 33.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 5,1–10; Lc 19,41–44

«El amor espera nuestro sí»

INTRODUCCIÓN

Había una vez un guardián de un faro que cuidaba una luz en una peligrosa franja de costa. Una noche de tormenta, vio un barco que se acercaba peligrosamente a las rocas. Hizo señales una y otra vez, haciendo brillar la luz con toda la intensidad posible. Pero el barco no cambió de rumbo. A la mañana siguiente, los restos del naufragio llegaron a la orilla. La luz había estado allí, firme y fiel, pero no había sido atendida.

En la primera lectura, tomada del Libro del Apocalipsis, se nos presenta la visión de un libro sellado —el plan de salvación de Dios— que nadie puede abrir excepto el Cordero que fue inmolado. Es un recordatorio de que Dios verdaderamente ha visitado a su pueblo, que ha hablado y

que ha actuado de manera decisiva en Cristo. La luz ha sido encendida para que todos la vean.

Sin embargo, en el Evangelio encontramos un momento profundamente conmovedor: Jesús llora sobre Jerusalén. Ve la ciudad, ama a su pueblo y, sin embargo, sabe que no han reconocido «el tiempo de su visita». La luz estaba en medio de ellos, pero muchos le dieron la espalda.

Esto nos toca muy de cerca. También nosotros somos un pueblo visitado por Dios una y otra vez: en la gracia, en su Palabra, en los sacramentos y en las silenciosas invitaciones de nuestro corazón. Por eso nos preguntamos: ¿hemos reconocido su venida? ¿Hemos acogido su paz? Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos aquellos momentos en que nos hemos alejado de su llamada amorosa y pidamos la gracia de responder con mayor libertad.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a nosotros con amor paciente y fiel, pero con frecuencia mantenemos cerradas las puertas de nuestro corazón: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú lloras por nuestra resistencia y continúas llamándonos a la paz que sólo tú puedes dar:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nunca dejas de esperar nuestro sí y siempre nos recibes de nuevo con misericordia y compasión:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nunca deja de buscarnos con amor paciente, nos perdone por las veces en que no hemos reconocido su presencia, hemos rechazado su invitación a la paz y hemos cerrado las puertas de nuestro corazón a su gracia; que nos conduzca nuevamente hacia Él con ternura y misericordia, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que hiciste que tu Hijo amado llorara sobre Jerusalén porque tu pueblo no reconoció la hora de tu visita, abre las puertas de nuestro corazón a tu gracia, para que recibamos con alegría la paz y la salvación que nos ofreces en Cristo. Enséñanos a no resistir nunca tu amor paciente, sino a responder generosamente a tu llamada con corazones confiados y disponibles. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Había una vez una anciana que cultivaba un hermoso jardín frente a su casa. Cada mañana regaba las flores y cuidaba las plantas con esmero. Sin embargo, mantenía siempre cerrada la pequeña puerta que daba acceso al jardín. Un día, una niña que pasaba por allí se detuvo para admirarlo y le dijo: “Qué hermoso es este lugar. Sería aún más hermoso si otros pudieran entrar y disfrutarlo contigo”.

Aquellas palabras hicieron reflexionar a la mujer. Comprendió que, al proteger tanto su jardín, había impedido que compartiera su belleza con los demás.

En el Evangelio de hoy, Jesús se acerca a Jerusalén y llora. No son lágrimas superficiales; son las lágrimas de un amor profundamente comprometido, un amor que desea reunir, proteger y dar vida. Él había querido reunir a su pueblo como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, pero ellos no quisieron.

Hay algo profundamente humano en esta escena. Todos sabemos lo que significa amar y no ser acogidos, tender la mano y ser rechazados. El amor, por su propia naturaleza, no puede imponerse. Sólo puede invitar, esperar y confiar. Incluso el amor divino respeta la libertad humana. Por eso Jesús se presenta ante la ciudad no con ira, sino con lágrimas.

Su tristeza no se debe únicamente al rechazo; también brota de lo que se pierde a causa de ese rechazo. «¡Si también tú comprendieras hoy el camino de la paz!» Había un don que se ofrecía: paz, sanación y vida, pero no fue

reconocido. Nuestras decisiones tienen consecuencias, y el rechazo de la gracia deja un vacío que nadie más puede llenar.

Este Evangelio nos invita a examinar nuestra propia apertura al Señor. Él continúa visitándonos: en los momentos de oración, en los encuentros con otras personas, en la inspiración silenciosa para perdonar, cambiar o confiar más. Sin embargo, como Jerusalén, también nosotros podemos dejar de reconocerlo. Podemos estar demasiado ocupados, demasiado cerrados o demasiado aferrados a nuestras costumbres para decir sí.

Y, aun así, la verdad admirable es ésta: Jesús nunca deja de amar. Sus lágrimas no son el final de la historia. Son el signo de un amor que permanece incluso frente al rechazo. Él sigue siendo paciente, esperando nuestra respuesta, dispuesto a acoger incluso la más pequeña apertura de nuestro corazón.

El Libro del Apocalipsis nos recuerda que el Cordero inmolado es también el vencedor. El plan de Dios no queda frustrado por la debilidad humana. Incluso nuestros fracasos pueden ser asumidos por su misericordia. La cuestión no es si Dios sigue amándonos, sino si nosotros permitiremos ser amados por Él.

Cada uno de nosotros guarda, de una forma u otra, una “puerta” interior. Quizás sea el miedo, el orgullo o alguna herida del pasado lo que la mantiene cerrada. El Señor no la derriba; llama suavemente. Espera. Desea nuestro sí.

Se cuenta la historia de una mujer que había estado distanciada de su hijo durante muchos años. Durante ese tiempo le escribió numerosas cartas que nunca recibieron respuesta. Un día, inesperadamente, llamaron a su puerta. Cuando abrió, allí estaba él. Ella no lo reprendió ni le hizo preguntas; simplemente lo abrazó. Más tarde, el hijo le dijo: “No sabía si todavía me querrías”. Y ella respondió: “Nunca dejé de esperarte”.

Ése es el corazón de Dios. Su amor espera nuestro sí.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, pongamos también ante el Señor los lugares cerrados de nuestro corazón, confiando en el amor paciente de Cristo, que espera nuestro sí, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta los dones que te ofrecemos en este día y, en tu misericordia, transfórmanos por medio del misterio salvador que celebramos. Ya que tu Hijo continúa invitándonos a entrar en su paz, enséñanos a entregar nuestros miedos y resistencias, para que nuestros corazones se abran cada vez más a tu gracia y a tu amor.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.
Porque en tu inmensa misericordia nunca dejas de visitar a tu pueblo con amor y compasión. Cuando la humanidad se alejó de ti, enviaste a tu Hijo entre nosotros como la luz que ninguna oscuridad puede vencer.
Él proclamó el mensaje de la paz, sanó a los corazones heridos y llamó a los pecadores a volver a tu abrazo.
Incluso cuando fue rechazado, no respondió con ira, sino que lloró con la tristeza de un amor que anhela salvar.
En Él contemplamos la paciencia de tu misericordia, porque espera la libre respuesta de cada corazón humano y se alegra por cada alma que vuelve a ti.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo…

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre, cuyo amor nunca se cansa de esperar el regreso de sus hijos y cuya misericordia siempre acoge nuestro sí:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y libera nuestros corazones del miedo, del orgullo y de las heridas que nos impiden acoger plenamente tu amor. Concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando en tu misericordia paciente y aprendiendo a reconocer el tiempo de tu visita, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú lloraste sobre Jerusalén porque tu pueblo no reconoció el camino de la paz. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino nuestro deseo de volver a ti con un corazón abierto, y concédenos bondadosamente aquella paz que el mundo no puede dar. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es quien nunca deja de llamarnos de nuevo con amor paciente y fiel. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor no fuerza la puerta de nuestro corazón. Llama con suavidad, paciencia y fidelidad. Incluso cuando nos alejamos, nunca deja de amarnos. En esta Eucaristía, Cristo ha visitado una vez más a su pueblo. Se ha acercado a nosotros con misericordia, paz y sanación. Que salgamos de esta celebración con el corazón más abierto a su gracia, confiando en que su amor siempre espera nuestro sí.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te suplicamos humildemente, Señor, que, por la fuerza de esta Eucaristía, ablandes todo lo que está endurecido dentro de nosotros y nos enseñes a reconocer tu presencia en las visitas cotidianas de tu gracia. Que el amor de Cristo, paciente y perseverante, nos atraiga cada vez más hacia ti y nos conduzca a la paz de tu Reino. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que los espera con amor paciente e inagotable, abra sus corazones para reconocer su presencia en sus vidas.
Amén.
Que Cristo Jesús, que lloró sobre Jerusalén y nunca dejó de llamar a su pueblo a la paz, los conduzca a una confianza más profunda y a una auténtica reconciliación.
Amén.
Y que el Espíritu Santo les conceda el valor de decir sí a Dios cada día con corazones generosos y disponibles.
Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida siempre abierta a su gracia. Y no olviden nunca: su amor espera pacientemente nuestro sí.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El amor de Dios no obliga, no amenaza ni abandona. Espera pacientemente a la puerta del corazón humano. La cuestión no es si Dios continúa amándonos, sino si nosotros abriremos la puerta y le diremos sí.

20 de noviembre de 2026 – Viernes de la 33.ª Semana del Tiempo Ordinario

Ap 10,8–11; Lc 19,45–48

“Del desorden a la comunión: dejando que Cristo nos restaure como casa de oración.”

INTRODUCCIÓN

Había una vez una mujer que heredó una antigua casa familiar. Durante años había permanecido cerrada, con sus habitaciones llenas de polvo y muebles olvidados. Cuando finalmente entró en ella, descubrió que lo que alguna vez había sido un lugar de calidez y encuentro se había convertido en un espacio abarrotado y sin vida. Entonces comenzó el lento trabajo de ordenar, limpiar y restaurar. A medida que la casa recuperaba espacio y claridad, la luz volvió a entrar y el hogar volvió a ser habitable.

De manera semejante, nuestra vida espiritual —e incluso nuestras comunidades— puede llenarse de cosas que nunca debieron ocupar el lugar principal. Lo que estaba destinado a ser un espacio para Dios puede ir llenándose poco a poco de distracciones, hábitos y prioridades que dejan poco lugar para la oración.

En el Evangelio de hoy, Jesús entra en el Templo y encuentra que lo que debía ser una casa de oración se había convertido en algo completamente distinto. Su reacción es firme, incluso desconcertante, porque le importa profundamente aquello para lo que el Templo fue destinado.

Al reunirnos ahora en este lugar sagrado, somos invitados a permitir que el Señor examine nuestros corazones, elimine aquello que no pertenece a ellos y nos restaure. Reconozcamos nuestros pecados, pidiendo la gracia de convertirnos nuevamente en una verdadera casa de oración.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a purificar nuestros corazones y a restaurarnos para el Padre:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú pronuncias palabras dulces por tu misericordia y exigentes por tu verdad:
Cristo, ten piedad.
Señor Jesús, tú deseas que tu pueblo llegue a ser una casa viva de oración: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso purifique los templos de nuestros corazones, aparte de nosotros todo aquello que nos impide vivir en su amor y nos restaure como un pueblo abierto a su presencia y a su paz; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que deseas habitar en medio de tu pueblo y hacer de nosotros un templo vivo de tu presencia, concédenos que, purificados por tu palabra y renovados por tu gracia, seamos cada vez más fieles en la oración, abiertos de corazón y atentos a la voz de tu Hijo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta que un anciano jardinero fue contratado para recuperar un jardín que durante muchos años había permanecido abandonado. Al llegar encontró senderos cubiertos de maleza, plantas secas y rincones olvidados. El trabajo parecía interminable. Sin embargo, día tras día fue limpiando, podando y cuidando cada espacio. Con el tiempo, el jardín volvió a florecer. Lo sorprendente fue que, mientras el jardín recuperaba su belleza, el jardinero también descubría una nueva alegría y serenidad en su propia vida. Al restaurar aquel lugar, también él estaba siendo transformado.
El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús entrando en el Templo de Jerusalén y realizando una tarea semejante, aunque mucho más enérgica. Expulsa a quienes compraban y vendían, declarando que la casa de Dios se había convertido en una “cueva de ladrones” en lugar de

una “casa de oración”. Sus acciones pueden parecernos severas, pero nacen del amor: del profundo deseo de devolver al Templo su verdadera finalidad.

El Templo estaba destinado a ser un lugar donde todas las personas pudieran encontrarse con Dios, un espacio de oración abierto incluso a los no judíos. Sin embargo, el comercio y los intereses personales habían ocupado ese lugar, desplazando su propósito sagrado. Lo que estaba destinado a Dios había pasado a girar en torno al beneficio humano. Jesús no podía permanecer indiferente ante esa deformación.

Este Evangelio no habla solamente de un edificio que ya no existe. Nos habla directamente a nosotros. Nosotros somos el templo de Dios. Nuestros corazones están llamados a ser una morada para el Señor, un lugar donde la oración, la confianza y el amor puedan crecer. Sin embargo, al igual que el antiguo Templo, también nosotros podemos llenarnos de cosas que nos estorban: preocupaciones, ambiciones, distracciones e intereses egoístas que dejan poco espacio para Dios.

Hay además un contraste en el Evangelio que merece nuestra atención. Los dirigentes religiosos reaccionan con hostilidad hacia Jesús y buscan eliminarlo, mientras que el pueblo permanece pendiente de sus palabras. Quienes tienen intereses creados se resisten a él; quienes tienen el corazón abierto lo reciben. Esto nos plantea una pregunta sencilla pero profunda: cuando el Señor nos corrige o nos desafía, ¿nos resistimos o lo escuchamos?

La primera lectura del Apocalipsis añade una dimensión más. Al profeta se le manda comer el rollo: es dulce en la boca, pero amargo en el estómago. La Palabra de Dios consuela, pero también cuestiona y purifica. Permitir que Cristo limpie nuestra vida no siempre resulta cómodo, pero siempre produce vida.

También nuestros templos y parroquias nos recuerdan esta verdad. No son simplemente construcciones; son casas de oración moldeadas por generaciones de creyentes. Cada oración susurrada, cada lágrima derramada, cada acción de gracias ofrecida deja una huella. Y nosotros, con nuestra presencia aquí,

continuamos esa tradición viva. Pero el edificio sólo cumple plenamente su misión cuando nosotros mismos nos convertimos en personas de oración.

Por eso, la invitación de hoy es sencilla, aunque exigente: permitir que Jesús entre en el templo de nuestra vida y realice su obra. Dejar que quite todo aquello que nos impide estar plenamente abiertos a Dios. Escuchar su palabra incluso cuando nos incomoda, confiando en que su deseo es siempre restaurar y no condenar.

Se cuenta la historia de un anciano sacristán que, después de muchos años de servicio, fue preguntado sobre lo que había aprendido. Respondió sencillamente: “Aprendí a mantener la iglesia preparada para las personas y para Dios”. Después de una pausa añadió: “Y aprendí que mi corazón necesitaba el mismo cuidado”. También esa es nuestra vocación: mantener preparado este espacio sagrado y, al mismo tiempo, el espacio interior de nuestro corazón, para que Dios encuentre verdaderamente en nosotros una casa de oración.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, mientras el Señor restaura el templo interior de nuestros corazones y nos atrae más profundamente a la comunión con él, este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que colocamos sobre tu altar, y así como tu Hijo purificó el Templo para el verdadero culto, purifica también nuestros corazones de todo aquello que nos distrae de ti, para que nuestra ofrenda se eleve hacia ti con sinceridad y amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque él entró en el santo Templo para restaurarlo como casa de oración, revelando tu deseo de habitar entre tu pueblo en santidad y verdad.
Con un celo nacido del amor, nos llama a apartarnos de todo aquello que cierra nuestro corazón a ti, para que, purificados por su palabra y fortalecidos por su gracia, lleguemos a ser un templo vivo de tu presencia.
Por él, los fieles aprenden a escuchar con el corazón abierto, a acoger el desafío del Evangelio y a descubrir que tu misericordia restaura más que condena.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de toda distracción, egoísmo y ansiedad que mantienen nuestros corazones cerrados a tu gracia, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, permanezcamos fieles en la oración y atentos a tu palabra mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: “La paz les dejo, mi paz les doy”; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad. Que tu paz purifique los templos de nuestros corazones de toda división y distracción, y nos restaure como un pueblo reunido en oración y comunión. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que viene no para condenarnos, sino para restaurarnos y renovarnos. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor ha entrado una vez más en el templo de nuestros corazones.

Su palabra puede cuestionarnos, pero nos ha sido dada para sanar y restaurar. En esta Eucaristía, Cristo elimina con delicadeza aquello que nos pesa, para que la oración, la confianza y el amor florezcan nuevamente dentro de nosotros.

Que salgamos de esta celebración preparados para Dios y preparados también para nuestros hermanos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Pan del cielo, te rogamos, Señor, que por medio de este santo misterio continúes la obra de restaurarnos en tu amor. Aparta de nosotros todo aquello que nos impide vivir plenamente en tu presencia y haznos testigos fieles, cuya vida llegue a ser una verdadera casa de oración para el mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor purifique sus corazones de todo aquello que les aparta de su presencia, los llene con la luz de su palabra y los restaure como una casa viva de oración.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre ✠, Hijo ✠ y Espíritu Santo ✠, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de oración, apertura de corazón y comunión con los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Mantén la iglesia preparada para las personas y para Dios. Y mantén también tu corazón preparado.”

21 de noviembre de 2026 – Sábado de la 33.ª Semana del Tiempo Ordinario
(Presentación de la Santísima Virgen María – Memoria)
Ap 11,4-12; Lc 20,27-40
“Dios prepara para nosotros una vida más allá de la muerte que transforma, y no reemplaza, lo que somos ahora.”

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas:

Se cuenta la historia de una niña que un día le preguntó a su abuela: “¿Cómo es el cielo?”. La abuela sonrió y le mostró un tapiz que estaba tejiendo. Por la parte de atrás parecía un enredo de hilos: nudos, cabos sueltos y figuras difíciles de comprender. “Así es como vemos la vida ahora”, le dijo. Luego le mostró la parte delantera y apareció una imagen hermosa y completa. “El cielo es cuando finalmente podemos ver toda la obra”.

Con frecuencia vivimos contemplando solamente el lado enredado del tapiz. Las preguntas sobre la muerte, sobre lo que existe más allá de ella y sobre el significado de nuestras relaciones pueden dejarnos confundidos o incluso escépticos, como los saduceos del Evangelio de hoy. Ellos intentaron reducir el misterio de la vida eterna a algo pequeño, algo que pudiera encajar fácilmente dentro de las categorías de este mundo.

Hoy, al celebrar la Presentación de la Santísima Virgen María, recordamos a aquella que confió toda su vida a Dios sin necesidad de ver el cuadro completo. Desde su primera entrega, María vivió en la fe, convencida de que las promesas de Dios van mucho más allá de todo lo que podemos ver o comprender.

Al reunirnos para esta celebración, reconocemos que también nosotros muchas veces limitamos la acción de Dios a nuestras propias expectativas. Nos aferramos a lo que podemos controlar y dejamos de confiar en la plenitud de vida que Dios desea regalarnos. Por eso, nos preparamos para celebrar estos santos misterios reconociendo humildemente nuestros pecados.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a confiar en la vida que existe más allá de la muerte: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú transformas todo lo que se te ofrece con fe y amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres el Dios de los vivos y no de los muertos: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama más allá del temor hacia la plenitud de la vida eterna, perdone nuestros pecados, sane nuestros corazones vacilantes y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que preparaste a la Santísima Virgen María
para convertirse en la morada de tu Hijo
y le enseñaste a confiar plenamente en tu plan de
salvación, concédenos, te rogamos,
que también nosotros ofrezcamos generosamente
nuestras vidas en tus manos
y vivamos con esperanza esa vida transformada
que prometes a todos los que permanecen fieles a ti.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un escultor que trabajó durante años sobre un enorme bloque de mármol. Quienes pasaban por allí veían solamente golpes de cincel, polvo y fragmentos de piedra que caían al suelo. Algunos incluso pensaban que estaba arruinando una roca valiosa. Pero cuando la obra quedó terminada, apareció una magnífica imagen que nadie había podido imaginar al principio. El escultor explicó: “La belleza estaba allí desde el comienzo; yo solo ayudé a que se manifestara”.

En el Evangelio de hoy, los saduceos se acercan a Jesús con una pregunta destinada a ponerlo a prueba. Presentan un caso complicado acerca del matrimonio después de la muerte, suponiendo que la vida eterna debe ser simplemente una prolongación de las estructuras y situaciones terrenas. Su error es evidente: reducen la promesa de Dios a los límites de la imaginación humana.

Jesús responde elevando su mirada. La vida de la resurrección, les dice, no es simplemente más de lo mismo. Es algo completamente nuevo. Es una vida donde la muerte ya no tiene poder, donde las relaciones no están condicionadas por la necesidad o la limitación, sino que son transformadas por la plenitud del amor de Dios.

Este es el corazón de nuestra esperanza: no que la vida continúe exactamente como ahora, sino que sea transfigurada. Como dice san Pablo, ahora vemos como en un espejo, de manera confusa, pero entonces veremos cara a cara. Lo que nos espera no es una versión disminuida de este mundo, sino una participación más profunda en la misma vida de Dios.

La primera lectura del Apocalipsis también refleja esta promesa. Incluso frente al sufrimiento y a la aparente derrota, Dios trae vida, reivindicación y gloria. La muerte no es el final de la historia; es la puerta por la cual Dios conduce a sus fieles hacia algo mucho más grande.

En María, cuya Presentación celebramos hoy, contemplamos un ejemplo vivo de esta confianza. Desde el comienzo, su vida fue ofrecida a Dios. No comprendía plenamente todo lo que le esperaba, pero creyó que el plan de Dios la conduciría a la plenitud de la vida. Su Asunción al cielo es la señal más clara de que aquello que Dios comienza en la fe lo lleva a su cumplimiento en la gloria.

Todo esto tiene consecuencias muy concretas para nuestra manera de vivir hoy. Si la vida eterna es una existencia transformada en Dios, entonces nuestra vida presente es una preparación. No nos preparamos

aferrándonos egoístamente a lo que poseemos, sino entregándonos generosamente. El amor, la fe y el sacrificio son las semillas que florecerán en la eternidad.

Hay otra historia que puede ayudarnos a comprenderlo. Un anciano campesino plantó un pequeño olivo cuando era joven. Durante muchos años apenas parecía crecer. Sin embargo, con el paso del tiempo se convirtió en un árbol fuerte que dio fruto y sombra a generaciones enteras. Poco antes de morir dijo: “Yo planté confiando en que otros disfrutarían de lo que hoy apenas puedo ver”. Así ocurre también con nosotros. Lo que hoy confiamos a Dios será transformado más allá de toda imaginación. En el Dios de los vivos, nada de lo que se entrega con amor se pierde; todo alcanza su plenitud.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones y la ofrenda de nuestras vidas, presentadas con fe y esperanza, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que los dones que te ofrecemos, Señor,
al celebrar a la Santísima Virgen María,
sean agradables a tus ojos
y nos enseñen a confiar más plenamente en ti,
para que aquello que se siembra con fe durante esta vida terrena
florezca en gozo eterno en tu Reino.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría nos creaste no para la muerte, sino para la vida,
y en la resurrección de tu Hijo

has abierto ante nosotros un futuro que supera toda imaginación humana.

Nos enseñas que nada de lo que se te ofrece con fe se pierde,
sino que es transformado por tu gracia en gloria eterna.

En la Santísima Virgen María, presentada a ti desde su juventud,
nos has dado un signo de confianza perfecta y de esperanza plena.
Su vida, entregada totalmente a tu voluntad,
participa ahora para siempre de la plenitud de tu Reino celestial.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo…

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir la oración de quienes confían en que el Padre prepara para sus hijos una vida que nunca tendrá fin:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días,
y líbranos del temor que nos hace aferrarnos solamente a lo que pasa.
Fortalece nuestra esperanza en la vida prometida por tu Hijo,
para que, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo,
vivamos firmes en la fe y confiados en tus promesas.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú revelaste que en la resurrección
todas las cosas son renovadas en la plenitud de tu amor.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, conforme a tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que nos conduce de la muerte a la vida eterna.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La vida eterna no comienza solamente después de la muerte, sino cada vez que nos confiamos a Dios con amor. Cada acto de fe, cada sacrificio y cada gesto de bondad ofrecidos con esperanza son semillas sembradas para la eternidad. En las manos de Dios, nada de lo que se entrega con amor se desperdicia; todo es transformado en gloria.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el sacramento de la salvación,
te rogamos humildemente, Señor,
que, por la amorosa intercesión de la Santísima Virgen María,
fortalezcas nuestra fe en la resurrección
y nos enseñes a vivir cada día como una ofrenda agradable a ti,
hasta que nos conduzcas a la plenitud de la vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de los vivos llene sus corazones de esperanza en la resurrección.

Amén.

Que Cristo, que transforma todas las cosas con su amor, les enseñe a ofrecer generosamente sus vidas en la fe.

Amén.

Que la Santísima Virgen María,
que confió plenamente en las promesas de Dios,
los guíe con seguridad hacia la plenitud de la vida eterna.

Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de confianza, esperanza y amor generoso.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que hoy entregamos a Dios con fe puede parecer pequeño y oculto, pero en la resurrección será transformado en una plenitud de vida que supera todo lo que podemos imaginar.
